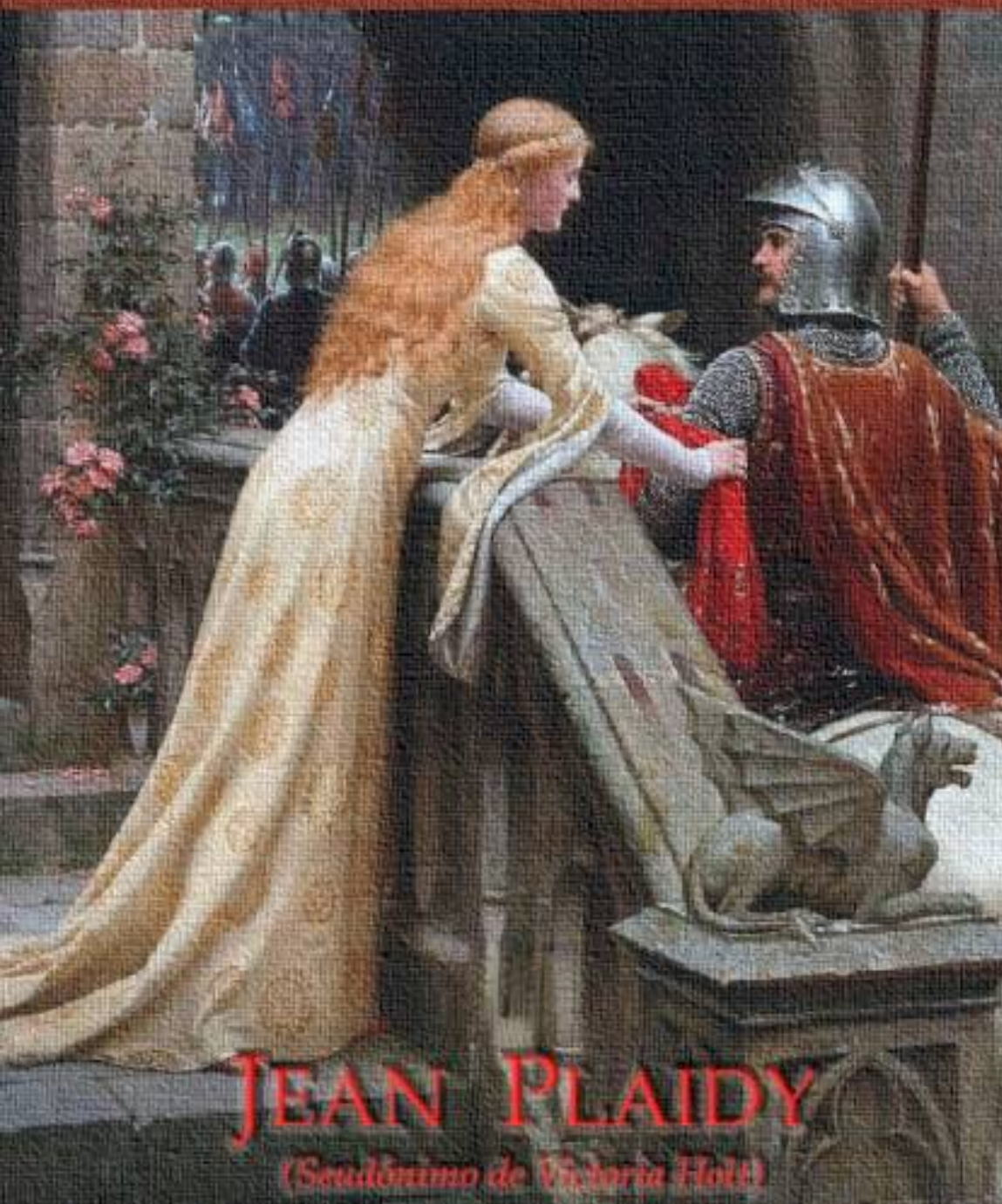


# LAS CORTES DEL AMOR ♥ R



Nieta de Guillermo IX de Aquitania, educada en el deslumbrante y poético ambiente de aquellas «cortes del amor» de hermosas damas, galantes caballeros y exaltados trovadores, Leonor, sólo por casualidad, llegó a ser duquesa de Aquitania.

Tempranamente, sin embargo, fue arrancada de su luminoso mundo para ser casada con Luis VII de Francia. La incompatibilidad de caracteres provocó la ruptura del matrimonio, precipitada por las infidelidades de Leonor, a quien no podía por menos que resultar estrecha una unión sin pasión.

Ella se casaría inmediatamente con Enrique de Inglaterra, fascinada por su arrolladora vitalidad... pronto tornada en dureza de corazón.

Enmarcada en la Europa del siglo XII, *Las cortes del amor* no es sólo el retrato de una mujer excepcional o la crónica de una época convulsa. Es sobre todo una novela de amores frustrados e intrigas palaciegas, en la que se entremezclan las más nobles pasiones con los comportamientos más viles.

## En las cortes del amor

Cuando miro atrás y contemplo mi larga y tempestuosa vida, me doy cuenta de que gran parte de lo que me ha sucedido —mis triunfos y casi todos mis infortunios— se debe a mis apasionadas relaciones con los hombres. Yo era una mujer que se consideraba igual que ellos —y en muchos aspectos, superior—, pero parecía depender de ellos, al mismo tiempo que procuraba ser la parte dominante, actitud que no podía dar como resultado una existencia armoniosa.

Heredé mi buen aspecto y la naturaleza apasionada de mis antepasados, y el ambiente en que viví sin duda tuvo un papel importante en la formación de mi carácter, pues hasta los cinco años residí en la corte de mi abuelo, el notorio Guillermo IX de Aquitania, poeta, rey de los trovadores, aventurero, libertino, fundador de las «Cortes del Amor» y el hombre más fascinante de su época.

Es cierto que le conocí cuando ya había dejado de correr aventuras y había alcanzado esa fase en la que el hombre mira con inquietud la vida que le queda y se obliga de mala gana a hacer penitencia; pero, de todos modos, incluso a mis jóvenes ojos, era una figura impresionante. Grabadas en mi mente para siempre están aquellas veladas en el gran salón, donde yo me sentaba y contemplaba extasiada a los acróbatas y escuchaba a los juglares y, sobre todo, escuchaba a mi propio abuelo cantar canciones que narraban sus hazañas en los días en que era un joven lleno de vigor que recorría el extranjero en busca de amor. A mí me parecía un dios. Era guapo como Apolo, fuerte como Hércules y amante ingenioso como Júpiter. Estaba segura de que podía adoptar cualquier forma en sus aventuras amorosas. To-

das las canciones hablaban de mujeres hermosas, la mayoría inalcanzables, lo cual parecía hacerlas más deseables aún. Las mujeres eran glorificadas en su corte, y cuando dejé Aquitania y descubrí la diferente manera en que eran tratadas en otros países, quedé asombrada.

A su lado se sentaba Dangerousa. Yo había oído que la llamaban *Dangereuse*, peligrosa, lo cual era adecuado. Era una mujer alta, escultural y llamativamente guapa. Él era el padre de mi padre y ella la madre de mi madre, pero eran amantes. En la corte de mi abuelo, nada seguía las pautas convencionales.

Mi abuelo a menudo hablaba en sus canciones de cómo había entrado a caballo en el castillo donde la encontró, y se había enamorado de ella en cuanto le puso los ojos encima. Ella estaba casada con el vizconde de Châtellerauld, con quien había tenido tres hijos; pero ello no era obstáculo para la pasión de mi abuelo. La secuestró, se la llevó a su castillo —cautiva de buena gana— y la instaló en la parte del castillo conocida como la torre Maubergeonne. Pero su presencia no era mantenida en secreto. Todos sabían lo que había sucedido; y cuando la esposa de mi abuelo, Felipa —que por entonces se hallaba fuera—, regresó al castillo y se encontró con una rival residiendo en él, abandonó a mi abuelo para siempre, cosa muy comprensible.

No llegué a conocer a mi abuela Felipa. Murió antes de que yo naciera, pero por supuesto conocía la historia de ese tormentoso matrimonio. Los asuntos amorosos de mi abuelo se discutían abiertamente y él mismo hablaba de ellos en sus canciones.

Sin embargo, yo estaba encantada con mi abuelo trovador y mi alegre abuela, Dangerousa, que vivían juntos en desenfrenado pecado.

Creo que mi madre estaba un poco desconcertada y le habría gustado que las cosas siguieran unas líneas más ortodoxas. Ella era Aenor, hija de Dangerousa y el vizconde de Châtellerauld; como Dangerousa no podía ser duquesa de

Aquitania, decidió que su hija se casara con el hijo mayor de mi abuelo para que su nieto pudiera heredar Aquitania a su debido tiempo. Esto tampoco era convencional, y creo que incluso mi abuelo dudó, pero estaba tan encaprichado con Dangerous que cedió.

Poco tiempo después de la boda, para delicia de todos, aparecí yo. No cabe duda de que ellos habrían preferido un niño, pero dada la situación de las mujeres en Aquitania, fui recibida con afecto.

Más adelante me enteré de que antes de que yo naciera, uno de los santos peregrinos acudió al castillo. Siempre aparecían como pájaros de mal agüero. Cosa comprensible, el hombre quedó pasmado ante la situación que reinaba allí: el secuestro, la descarada convivencia de la pareja no casada, la huida de la auténtica duquesa a la abadía de Fontevrault, y la boda que iba a celebrarse del hijo y la hija de la pareja culpable.

El peregrino se quedó ante mi pobre madre embarazada y declaró:

—Nada bueno saldrá de esto.

Lo que ahora me pregunto es: ¿Tenía razón el peregrino?

Aquitania es una de las provincias más ricas de Francia. Siempre ha hecho caso omiso de las normas establecidas desde la época de los romanos, cuando el emperador Augusto dividió la Galia en cuatro provincias y añadió a Aquitania la tierra que había entre el Garona y el Loira. Incluyó Poitou y Gascuña y contenía algunos de los lugares más bellos de Francia. Frutas y flores crecían en abundancia; la uva florecía y el vino era el mejor que podía encontrarse. Mi abuelo gobernaba una tierra próspera.

Vivir era fácil en Aquitania, y eso hacía que sus habitantes fueran amantes de los placeres. La naturaleza era indulgente con nosotros y nosotros formábamos una comunidad

satisfecha y mi abuelo era un gobernante popular. A la gente le gustaba su actitud alegre; no le importaba que con frecuencia se hallara en conflicto con la Iglesia; no criticaban su manera de vivir; sus aventuras amorosas eran motivo de risa, y sus hazañas eran narradas en todo el ducado.

Me enteré de algunas cosas suyas durante esos cinco años en que le conocí, y posteriormente descubrí muchas más. En realidad, influyó en mi vida, pues él fue quien estableció el tono en la corte que mi padre heredaría y que seguiría siendo mi hogar durante mi infancia. Mi abuelo había subido al trono cuando tenía quince o dieciséis años, e incluso en aquella época perseguir a las mujeres al parecer había sido el gran objetivo de su vida. En la corte de Poitou esto se consideraba una flaqueza adorable. Quizá sus ministros creían que esa juventud sería fácil de manipular; pronto descubrieron su error. Tal vez su principal deseo era interpretar el papel de amante, pero estaba decidido a gobernar también, y su propósito era que una ocupación no le impidiera realizar la otra.

Se consideró buena idea casarle pronto. En nuestras fronteras del norte se encontraba la provincia de Anjou, y eligieron a la hija de Fulk de Anjou para Guillermo. Se llamaba Ermengarda y era considerada una gran belleza — como la mayoría de bellezas reales— y se casaron.

Él pareció encantado durante un tiempo, pero no era hombre para abandonar viejos hábitos y hubo fricciones entre ambos. Además, ella no consiguió darle un heredero —falta terrible en las mujeres de las familias nobles— y acordaron que sería aconsejable divorciarse.

El divorcio se consiguió sin grandes dificultades, pero por supuesto un hombre en la posición de mi abuelo tenía el deber de dar un heredero, así que tuvo que volver a pensar en casarse.

Cerca de allí se había producido una situación interesante. El conde Guillermo de Tolosa había ido a luchar a Tierra Santa y había resultado muerto. Tenía una hija, pero ningún

hijo, y su hermano, Raimundo, se apoderó inmediatamente de Toulouse y del título que la ciudad conllevaba. Felipa, la hija del conde Guillermo, se había casado con Sancho Ramírez, rey de Aragón y, de manera fortuita, en aquella época precisamente murió en el campo de batalla, dejándola viuda. Guillermo, que había oído relatos que hablaban de su gran belleza, decidió que era la esposa que necesitaba y partió para cortejarla; con su apostura y don de la palabra pronto fue un pretendiente con éxito.

Al principio el matrimonio iba bien. Además, inspirado por el fervor religioso, Raimundo de Tolosa se unió a la Primera Cruzada y de camino hacia Tierra Santa murió; de modo que lo único que mi abuelo tuvo que hacer fue entrar a caballo en Toulouse con Felipa y tomar la ciudad.

Mientras esto sucedía, Felipa dio a luz un hijo: mi padre.

A la sazón había un gran entusiasmo religioso. Cierta monje, que en otro tiempo había sido soldado y era padre de varios hijos, tuvo lo que llamó una revelación de Dios y se hizo eremita. Se le conocía como Pedro el Ermitaño y causó una gran agitación cuando, después de haber peregrinado a Jerusalén, regresó con historias que contaban la manera en que los cristianos eran tratados, de tal manera que llamó la atención del papa Urbano II. Juntos predicaron la perversidad de los malvados turcos que estaban profanando el Santo Sepulcro, y tan grande era el poder místico de Pedro el Ermitaño, que en toda Europa los hombres se congregaban ante su llamada, ansiosos por unirse a la cruzada que iba a liberar Jerusalén de los infieles.

Mi abuelo se contagió del entusiasmo, viendo sin duda que con esta aventura podría borrar sus pecados de un golpe y ahorrarse años de aburrida virtud. Como importante señor, debía partir con gran estilo, y para eso necesitaba dinero. Hizo entonces lo que a los ojos de Felipa debió de ser imperdonable. Vendió Tolosa a Raimundo —hijo del otro Raimundo— sin pedir permiso a Felipa; y ella, que a la

sazón se hallaba en Toulouse<sup>[1]</sup>, no supo nada de la transacción hasta que Raimundo fue allí a tomar posesión.

Guillermo se encontró con que los turcos eran un enemigo formidable y sufrió la humillación de ver su ejército destruido en la batalla. Él logró escapar, pero sólo regresó con algunos poemas que glorificaban la cruzada y hablaban de la crueldad del perverso infiel.

Felipa debió de perdonarle, pues le dio otros dos hijos —eran cinco niñas y otro niño—, pero su relación estaba gravemente deteriorada. Ella se entregó a la religión y se colocó bajo la influencia de Roberto d’Abrissel. Posteriormente presté atención a ese hombre, pues fundó Fontevrault, que consistía en cuatro conventos: dos para mujeres y dos para hombres. Él fue el primero de su clase que mostró respeto por las mujeres, y por ese motivo le elogíé. Llegué a querer Fontevrault y pude imaginar qué refugio era para las mujeres que podían abrazar la vida conventual. No podía imaginarme, a mí misma haciéndolo, pero eso no me impedía tener cariño a Fontevrault.

Guillermo no sentía ningún interés por el lugar e hizo todo lo que pudo para disuadir a Felipa de la vida religiosa que llevaba. Deploraba la opinión que tenía D’Abrissel de las mujeres, pues él quería conservarlas en ese nicho que los hombres de su clase preparaban para ellas. De haber sido yo mayor, le habría hecho saber mi desacuerdo. Me habría gustado discutir el tema con él.

Ridiculizaba a D’Abrissel y hablaba de construir un convento para cortesanas. Era de esas personas que disfrutaban asombrando a todos los que estaban a su alrededor. Felipa estaba decidida a seguir su propia vida; y la ruptura final entre ellos se produjo con la aparición de Dangerous, lo cual era más de lo que ninguna mujer podía tolerar.

Así que Felipa le dejó para siempre y se retiró a Fontevrault.



Me pusieron el nombre de Leonor, por mi madre, pues Leonor significaba «La otra Aenor».

Yo era muy importante para ellos. Como muchos pecadores, mis abuelos eran indulgentes. Dudo que la virtuosa Felipa o el vizconde de Châtellerauld me hubieran prestado tanta atención y dado tanto afecto. Mi madre se hallaba en segundo término, era gentil, bastante tímida y extraña en aquella corte extravagante. Ella cuidaba de mí y yo sabía que hacía todo lo posible por contrarrestar el efecto de los mimos. Me temo que no lo consiguió; pero yo la quería mucho y ella representaba una influencia estabilizadora que sin duda era necesaria, en mi joven vida.

Cuando llegó mi hermana Petronila, no estuve muy segura del efecto que produciría en mi posición; pero muy pronto me hice cargo de ella. Los mayores contemplaban divertidos cómo ejercía mi influencia sobre ella y, cuando supo andar, se convirtió en mi humilde esclava. Era bonita y encantadora, pero igual que mi padre carecía del carisma de mi abuelo; Petronila, a pesar de su atractivo y encanto, sólo podía ocupar un segundo lugar detrás de mí.

Así que todo iba bien. Yo era la pequeña reina de la corte. Me sentaba sobre una rodilla de mi abuelo y mis originales comentarios hacían mover su barba, lo que daba a entender que le divertían. Yo era la que recibía casi todos los confites que nos daba Dangerousa.

En esa época, oí que alguien decía que la señora Leonor podría muy bien ser la heredera de Aquitania. Fue una gran revelación. Aquitania, aquel hermoso ducado con sus ríos, montañas, flores y viñedos, sus muchos castillos... ¡todo sería mío algún día! Eso me satisfacía mucho.

Y entonces sucedió. Mi madre llevaba mucho tiempo enferma. Su forma cambió; hacía mucho reposo. Había un gran revuelo en torno a lo que ellos llamaban «su estado». Me dijeron:

—Habrá otro pequeño en la habitación de los niños.

Naturalmente, pensé en otra Petronila, alguien a quien yo moldearía y dirigiría y que se convertiría en mi ardiente admiradora.

Llegó el gran día. Una de las niñeras se acercó a mí con gran excitación.

—¿Qué os parece, señora? —dijo—. Tenéis un hermanito.

¡Qué júbilo había en todo el castillo!

—Ahora tenemos un heredero —decían.

Mi abuelo rebosaba alegría, al igual que Dangerous y mi padre.

Aquello era traición. Yo era la heredera de Aquitania. Pero parecía que, a pesar de todas las canciones dedicadas a glorificar a las mujeres, éstas quedaban relegadas al olvido cuando nacía un chico.

Ése fue el primer contratiempo.

Me senté sobre las rodillas de mi abuelo y expresé mis protestas.

—Verás, chiquilla, los hombres quieren a alguien que les guíe.

—Yo podría guiarles.

—A veces libramos batallas.

—Tú no.

—Lo hacía... cuando era joven.

Dangerous dijo:

—No importa. Las mujeres tienen su manera de gobernar.

Mi padre trató de consolarme.

—Tendrás un magnífico matrimonio cuando llegue el momento.

Mi madre dijo:

—La felicidad no procede de los grandes títulos, pequeña, sino de la buena vida. Si te casas y eres una buena es-

posa, eso te proporcionará más felicidad que las grandes heredades.

No la creí. Yo quería ser la heredera de Aquitania.

Pero nadie podía evitar querer al pequeño Guillermo Aigret. Era un niño tan dócil..., y yo seguía mandando en la habitación de los niños.

Poco después, mi abuelo murió y mi padre se convirtió en duque de Aquitania.

Se guardó duelo auténtico por mi abuelo. Yo pasé mucho tiempo con Dangerous; solía contarme historias de él, y de ella aprendí los acontecimientos de su vida turbulenta. A ella le encantaba contar la historia de su rapto y de cómo él había entrado en el castillo para hablar de negocios con su vasallo el vizconde de Châtelleraut pero, en cuanto la vio, todo pensamiento de negocios se alejó de su mente. A mí me parecía estar en el castillo en aquel período en que planeaban su huida. Me parecía haber cabalgado con ellos a través del bosque, ella detrás, aferrada a él mientras corrían hacia la felicidad. Era muy novelesco. Yo no tenía ni un solo pensamiento para el pobre vizconde abandonado y mi engañada abuela Felipa. Mis simpatías estaban con los amantes.

Felipa ya había muerto, pero en las Cortes del Amor, que mi abuelo había creado, su historia sería cantada durante años.

La corte había cambiado, por supuesto. Mi padre era un hombre muy diferente. No era el gran amante; era más bien un luchador. Al menos, estaba constantemente enredado en alguna disputa con sus vasallos. Tenía el genio vivo y estaba listo para ir a la guerra con el menor pretexto; y estuvo ausente mucho tiempo durante los años que siguieron a la muerte de mi abuelo.

Había mucha gente joven en el castillo, pues enviaban chicas a mi madre para que fueran educadas para ser corte-

sanas. También había muchachos, a quienes se les debía enseñar el arte de la caballería y la equitación. Las chicas teníamos que aprender a bordar y a realizar delicadas labores de aguja, lo cual formaba parte de la educación de una dama; teníamos que cantar y bailar y saber dar conversación; pero a mí me enseñaron también otras cosas, como a leer y escribir. Había demostrado tener tantas aptitudes para aprender cuando se creía que podría ser duquesa de Aquitania que decidieron que debía continuar. Por lo tanto, me mantenía apartada de los otros niños y procuraba que nadie lo olvidara.

Seguía habiendo mucha música por las noches, pero mi padre, aunque le encantaba, no era compositor. Cantaba bien, y le gustaba hacerlo; disfrutaba con las baladas y las historias que hablaban de su padre. Pero se ausentaba muy a menudo y el carácter de la corte era distinto del que había existido en tiempos de su padre.

Cuando mi padre venía a casa quería saber cómo habíamos progresado. Le interesaba mucho el rendimiento de Guillermo Aigret, pero yo presumía de que estaba especialmente encariñado conmigo.

Entonces un día llegó la fiebre a Poitou. Varias personas murieron y se restringió el acceso al castillo.

Mi madre cayó enferma y murió al cabo de unos días. Eso no fue todo. Guillermo Aigret se contagió y poco después también murió.

Fue una época de gran duelo. Entonces me di cuenta de cuánto quería a mi madre y de que Guillermo Aigret era un chiquillo adorable. Fue una gran pérdida. Entonces sólo quedamos dos niñas: Petronila y yo; pero yo me había convertido en la heredera de Aquitania.

Mi padre me hizo llamar. Me abrazó y me dijo que yo era su preciosa hija. Estaba muy triste. Me dijo cuánto amaba a mi madre y a su hijo, y verse privado de ellos era casi más de

lo que podía soportar. Dio gracias a Dios por tener a sus hijas; y yo sabía que daba gracias en especial por mí.

Tenía yo a la sazón ocho años, pero aparentaba diez, y diez era casi la madurez. Las chicas se casaban a los trece años, incluso a los doce. Así que no parecía la chiquilla que mi edad podría sugerir.

Lloramos juntos nuestra pérdida. Mi madre no había sido una gran belleza, pero quizá tenía cualidades que algunos hombres encontraban aún más atractivas. Era una mujer apacible, tierna y resignada; y mi padre la había amado como mi abuelo jamás había amado a la bella Ermengarda y a Felipa. Por supuesto, Dangerous no había tenido rival durante varios años, pero ella había sido una pareja perfecta para mi abuelo.

—Esto ha hecho variar tu posición, hija —dijo mi padre. Yo asentí—. Tú heredarás este ducado cuando yo muera.

—Faltan años para eso.

—Ruego para que así sea. Porque ninguno de los dos está preparado todavía... ni yo para irme, ni tú para gobernar. Tendrás que aprender muchas cosas.

Volví a asentir, pero me parecía que ya sabía muchas cosas.

—Estos tiempos son complicados. Siempre hay algún vasallo dispuesto a crear problemas. Por eso tan a menudo estoy lejos de la corte.

—Lo sé, padre.

—Tenemos que recordar que somos vasallos del rey de Francia. Tú y yo tenemos que hablar. Habrá ocasiones en que te llevaré conmigo en mis viajes. Tendrás que conocer los dominios que un día... a menos que yo vuelva a casarme y tenga un hijo varón... serán tuyos.

—¿Te casarás? —pregunté, agitada.

Él negó con la cabeza y vi que tenía lágrimas en los ojos.

—No, no —respondió—. ¿Cómo podría pensar en sustituir a tu madre?

Me alegré. No podía soportar la idea de que un chico me reemplazara. La vida sin duda había cambiado con la muerte de mi hermano. Todo el mundo se mostraba sutilmente diferente conmigo. Me había vuelto importante.

Ahora escribían canciones que hablaban de mí. Me encantaba oírles cantar acerca de mi belleza y mi talento. Observé que varios de los hombres jóvenes —incluso los que ya tenían una edad más bien madura— me miraban de un modo especial. Era excitante.

Mi padre me llevó de viaje con él. Era maravilloso cabalgar a su lado por las colinas y a través de los bosques rodeados por los cortesanos, y después recibir generosa hospitalidad en los castillos donde nos alojábamos.

Yo consideraba Poitiers como mi hogar porque allí era donde había pasado casi toda mi infancia, pero teníamos otros castillos y palacios que podrían gustarme.

El mejor de ellos era el palacio Ombrière de Burdeos, donde permanecemos algún tiempo. Mi padre tenía que ocuparse de unos vasallos contrariados, muchos de los cuales habían creado problemas. Él quería que yo estuviera con él para que viera cómo impartía justicia. Fue instructivo.

Me encantaba Burdeos. Había restos de la ocupación romana y a mí me gustaba soñar con aquellos tiempos antiguos y me preguntaba cómo había sido la vida entonces. El palacio estaba construido en la antigua muralla romana, y desde sus ventanas se veía el Garona serpentear hasta el mar.

Creo que en el año siguiente a la muerte de mi madre y mi hermano crecí. Yo era como una planta en un invernadero donde la atmósfera tiende a forzar el crecimiento. Mi padre empezaba a tratarme como a un adulto. No creo ser indebidamente presuntuosa si digo que tenía aptitudes especiales para gobernar, las cuales se desarrollarían y más tarde me causarían problemas; pero en aquella época, mi padre se alegraba de ello.

Él hablaba a menudo del rey de Francia. Yo veía que me miraba y veía en sus ojos una expresión inquietante. Le pregunté si algo le preocupaba.

Me respondió con claridad:

—En un ducado del tamaño de éste, siempre habrá problemas. Es demasiado grande para que un gobernante esté en todas partes al mismo tiempo. Es necesario que ese gobernante sea querido por su gente... querido y respetado. Es la única manera.

—A ti te quieren y te respetan.

Él sonrió con aire triste.

—Tenemos problemas, ¿sabes? Algunos creen que pueden hacer lo que quieren y que, debido a la distancia, jamás serán descubiertos. Podría haber sublevaciones.

—Tú las detendrás.

—Si puedo.

—¿La situación está peor que antes?

—Tu abuelo era respetado. Es extraño. Era un hombre que desafió a la Iglesia y que incluso murió excomulgado; pero era querido en todo el ducado... en parte por lo que la Iglesia deploraba. Así de extraña es la naturaleza humana.

—¿Quizá tú deberías ser como él?

—Hija mía, sólo podemos ser como nosotros mismos.

Yo sabía que él era irascible y quizás actuaba con imprudencia. Aprendí que no era fácil mantener el orden en un territorio grande. Y que había más problemas que en la época de mi abuelo.

—Se necesitan amigos —dijo él.

—¿Y tú los tienes?

Se encogió de hombros.

—El rey de Francia es muy poderoso —dijo.

—Nosotros somos sus vasallos.

—Sí. Creo que mira con envidia Aquitania.

—¿Quieres decir que intentará arrebátartela?

Él meneó la cabeza.